

AGOSTO ACABA EN LLAFRANCH

(viene de la pág. 3)

una instalación de proporciones regulares y que sirve para pista de bolos y baile, además de bar y terraza frente al mar. Casi podríamos asegurar que esta persona que últimamente ha dado algo más de vida a la población durante los veranos, con un arriesgado esfuerzo económico porque estas cosas siempre son delicadas, no sólo es propietaria del bar «Bahía» sino que también lo es, por el momento, de la bahía entera de Rosas. La situación de este establecimiento recreativo es una de las más indicadas y el señor Turró se ha preocupado de que las cervezas, refrescos y aperitivos tomados en su terraza al caer la tarde, vayan acompañados de unas tapas o deslices de sol que dan vértigo de tan atrevidos y extraordinarios que son.

El parador "La Palmera"

Es otro bar ya bien conocido y que se halla cerca de la carretera de entrada al pueblo de Rosas. Por las mañanas hace funciones de parasoles muy bien emplazado y distribuido. Está enclavada esta «Palmera», que no hay tal pero que es un verdadero oasis, en plena playa y los bañistas suelen «vermutear» aquí cómodamente después del baño. Con el crepúsculo de la tarde se anima a base de otras intenciones más generales. Hay en «La Palmera» una pista íntima para baile. Los que participan en él se mueven al son de unos discos modernos que lle gana entrar por los siete sentidos de tanto ponerlos. Cuando no se cabe en la pista de baile de «Bahía» la gente moza se va a bailar a «La Palmera». También van a bailar a «La Palmera» quienes son poco amantes del exhibicionismo. La estancia en este parador siempre resulta aleccionadora. Se puede aprender a hablar en francés y todo, aquí.

El merendero "Un alto en el camino"

Este chiringuito es un bar-restorán modesto que está consiguiendo una aceptación por parte del público forastero no igualable a los otros merenderos de esta clase, y menos frecuentados, que hay en esta Costa hasta Port-Bou. Este solar cubierto, está también en la playa, a pocos pasos de la reciente urbanización rosense. Se mantiene este «Alto en el camino» casi exclusivamente de los servicios que prestan sus poseedores a la gente que viene a pasar el domingo en Rosas. No sirven comidas, pero pueden ofrecer una ensalada casera y unos huevos fritos garantizados. El vino es corriente pero helado, al igual que las demás bebidas y refrescantes. Generalmente, las personas que se establecen los días festivos en este lugar llamado «Un alto en el camino», se llevan la comida y los postres. Suelen dejar para ganancia del merendero el aperitivo, el vino, el sifón, unas gaseosas y un pequeño derecho a reserva de mesa. Hay aquí casetas individuales para vestirse y una ducha. Uno de los camareros, un tal señor Adolfo, relativamente joven, sabe más cosas de

(termina en la pág. 8)

Ahora van muchos más que antes. Santa Rosa de Llafranch tiene un gran prestigio entre la gente de nuestro campo. Pero el pintoresquismo que proporcionan los carruajes y el ganado puede decirse que se ha terminado. En la buena época de las tartanas y carros, algunos payeses si el mar estaba lo bastante tranquilo para inspirar confianza, solían bañar las yeguas y caballos, con toda clase de precauciones. Era un espectáculo algo primitivo, pero de una fuerza, belleza y claridad como suelen tener las cosas sencillas y naturales, vivas. Ahora, para ver una cosa así hay que ir a la playa de Pals.

Por Santa Rosa muchos años ya suelen producirse los primeros temporales de mar. Este año incluso han venido antes. Otras veces el mar no se mueve, o si se mueve un poco con el «garbí», al anochecer se aquieta. Con el crepúsculo, a la hora en que llega más gente con los paquetes de la cena, una familia de delfines juega, a veces, a zambullirse a escasas brazadas de la punta del Pinell. Desde sobre el paraje llamado «la Venecia», bajo los pinos, con mar quieta, se les ve perfectamente nadar como una línea negra, o saltando alegremente.

Hacia el atardecer, en la hora de las sardanas, la luz del poniente deposita una inefable claridad melancólica en el aire de la fiesta. Parece que las notas del fiscorno son de color naranja; las del cornetín rebotan de una a otra pared de la Plaza de Buenos Aires, después se ensanchan y se pierden un poco hacia el mar y suben junto con las de la tenora para diluirse bajo el faro. Antes de llegar arriba, el último rayo de sol al ocultarse les hace un guiño solemne desde la copa de un pino.

Entre dos luces se enciende la del faro. La playa parece exhalar un suspiro aligerante. Los haces luminosos, cuando oscurece más, rayan el cielo con su braceo rítmico. Giran como un disco de gramófono visto cabeza abajo, desenvolviendo la música imprecisa de la noche. Si es noche de luna-luna llena-, cuando sale, sale un Oh! redondo de todos los ojos, sube una exclamación sin voz de la playa en sombras.

Al terminarse las sardanas de la tarde los más impacientes se van a cenar. Suena la música del concierto-vermut del hotel. Mucha gente cena en la playa. Cenar en la playa es divertido; se cena principalmente a base de pollo asado, o bien conejo; hay que tener

mucho cuidado, pues al más leve descuido, con cualquier falsa maniobra es muy posible comer pollo con arena. La gente termina la cena con los dedos brillantes; para postre se come uva moscatel que de tan azucarada escuece en la garganta y acaba de dejar los dedos completamente enviscados.

Llafranch de noche, después de cenar, visto desde los pinos «la Venecia», es muy bello. Llega la música del baile clara y distinta, pero con la suficiente lejanía para que no moleste el ruido del metal. Llafranch de noche es de una belleza quizá demasiado perfecta, una perfección que hace soñar en cosas imposibles mientras con un oído se escuchan las notas prodigiosamente insidiosas de «beguin the beguine» y con el otro la siempre igual y renovada música del mar en las rocas.

Las luces optimistas de las casas de los veraneantes de Llafranch, se reflejan en el mar y el agua brilla y cabrillea en un juego fascinador. Hay colores naranja intensos de las bombillas veladas por la humedad de la noche; y amarillos; y el azul lila frío de los fluorescentes del hotel. Estos colores mezclados con el azul del mar dan a veces unos verdeazules intensos; unos cadmios encendidos cuando rebotan sobre el agua y después unos lilas pálidos, que hacen pensar todos juntos en la vaporosidad rutilante de una Pintura de Degás, la «prima ballerina», brillando entre las sombras de un escenario de ballet. Aunque se sospecha que Llafranch no es ningún escenario teatral, a veces, a primera vista, parece como si se estuviera representando una opereta.

Pasada la juventud, los demás, en Llafranch por la fiesta tienen tiempo para todo, incluso para aburrirse. La gente se pasea desde el puente a la plaza, hace un momento el mirón en las paradas de quincallería o se empapa del humo de los churros y después se sienta a lo largo de la baranda que separa el paseo de la playa a ver pasar la gente. Indudablemente, siempre los hay que se aburren. La ventaja está en que, en Llafranch, es posible aburrirse de una manera elegante.

En la noche -hora del baile- pueden verse algunos clientes del hotel disfrutando cómodamente del insomnio en pijama, mientras contemplan el baile que se abre a sus pies, desde la ventana de su habitación. Flota sobre el baile una mezcla de tabaco y perfume, de ilusión y de vida, de sudor y tristeza.

En la alta noche, cuando el baile se acaba, todo parece polvoriento y cansado. El mar está inmóvil y allá en el horizonte hay una misteriosa línea de luz imprecisa. La humedad de la playa, hacia la madrugada resulta insoportable. La tibieza del jersey hace pensar en un ilusorio descanso. Una ráfaga de aire fresco, precursor de septiembre, hace blandir un momento las ramas altas de los pinos. El lejano parpadeo de las estrellas y la música de los

(acaba en la pág. 8)

